



MAUD  
ANKAOUA

# La vida tiene un plan perfecto para ti

Una lectura que te  
cambiará para siempre



 Planeta

MAUD ANKAOUA

LA VIDA TIENE UN PLAN  
PERFECTO PARA TI

Traducción de Philipp Engel

 Planeta

Título original: *Respire!*

© 2020 Éditions Eyrolles, Paris, France

© por la traducción, Philipp Engel, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-08-23694-8

Depósito legal: B. 20.940-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## SABOR A COCO

La gente no siempre necesita consejos, a veces sólo quiere una mano a la que agarrarse, un oído que escuche y un corazón que comprenda.

MARCEL PRÉVOST

—¡Qué pena que te vayas a ir sin haber probado mis co-co-locos!

Malow se sobresaltó. El frío cañón del revólver se despegó un centímetro de su sien, perlada de sudor.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi despacho? —preguntó.

La anciana que tenía enfrente le dedicó una magnífica sonrisa. Ataviada con un delantal por encima del vestido, y con el pelo grisáceo recogido hacia atrás, observaba al joven cuyo gesto había quedado congelado en el aire. A pesar de su escaso metro cincuenta de estatura, emanaban de ella una fuerza y una serenidad extraordinarias. La mujer dio un par de pasos rápidos para acercarse al escritorio del joven y le tendió una bandeja de aluminio repleta de pastelitos redondos. Un dulce aroma a coco invadió toda la habitación.

—Mi hija dice que son los mejores de toda Tailandia.

—Vale, pero... ya ve usted que no llega en el mejor momento, ¿no? Si llega a asustarme de verdad, podría haber disparado en cualquier dirección.

¿De dónde salía aquella mujer? Hacía tres meses que Malow trabajaba para XSoftware, y nunca la había visto por allí. ¿Por qué había tenido que aparecer justo en aquel instante, cuando acababa de tomar la decisión más importante de su vida? No iba a permitir que una desconocida le arruinara los planes. La rabia se impuso a la desesperación.

—¡Salga inmediatamente de aquí!

La anciana dejó con cuidado la bandeja encima del escritorio y dio un paso atrás, dándole a Malow el tiempo necesario para que el aroma de los pastelitos cautivara su olfato. Permaneció allí callada, sin dejar de sonreír y sin hacer el más mínimo ademán de abandonar el lugar. Su mirada, tan tranquila como empática, desarmó al joven, que bajó la guardia al mismo tiempo que el arma.

«¡Maldita sea! ¡He acabado huyendo hasta de mi último viaje!», pensó.

La mujer se le acercó y cogió uno de sus pastelitos.

—Pruébalos, confía en mí. Calentitos están mucho mejor. Ya tendrás tiempo de pegarte el tiro después...

«¿Pegarme el tiro después? ¡Se está riendo de mí!»

—¿Cómo quiere que confíe en usted si no sé ni quién es?

Antes de responder, la anciana se cubrió la boca con una mano para acabar de tragar.

—Lo siento, no me he presentado. Me llamo Phueng, soy la mujer de la limpieza.

Y a continuación le tendió la mano con tanto aplomo que Malow se vio obligado a estrechársela.

## CURRICULUM VITAE

No tiene sentido contratar a personas inteligentes y después decirles lo que tienen que hacer.

STEVE JOBS

*Tres meses atrás*

—Pero ¡mira qué culito! —exclamó Matthieu, como a punto de desmayarse.

—¡Contrólate un poco! —le contestó Marie-Odile, la directora de Recursos Humanos.

Aunque ella, llena de curiosidad, también seguía con la mirada al recién llegado, que justo en ese momento pasaba por delante de ellos al otro lado del cristal.

Malow avanzaba por el pasillo acompañado de Bertrand, el director ejecutivo de XSoftware, que le estaba enseñando las oficinas.

—¡Confiesa que hemos salido ganando! —insistió Matthieu—. Keanu Reeves en lugar de *Diplodocus*. Por fin vuelvo a tener un motivo para despertarme con ganas por la mañana.

Su figura esbelta, sus ojos almendrados, su flequillo re-

belde y su rostro anguloso hacían de Malow todo un astro de Hollywood. Iba muy elegante, con un traje gris, una camisa blanca medio abierta y una bolsa en bandolera con el portátil. A su lado, Bertrand —alias *Diplodocus*— trataba de seguirle el ritmo, pero parecía que correteara tras su propia barriga; con su corta estatura y su silueta oronda, ofrecía un penoso contraste.

Sin perderlos de vista, Marie-Odile iba detallando con admiración el currículum del nuevo.

—¡Menudo palmarés! ¡Harvard, Universidad de Columbia y, para rematar, Silicon Valley! ¡Y no tiene ni treinta años!

Matthieu completó la información:

—Lo he buscado en Google, y la prensa financiera es unánime: ¡tiene un sentido de la estrategia extraordinario! Se forró cuando vendió las acciones de su empresa, especializada en el sector de las nuevas tecnologías. Y, desde entonces, todas las empresas en las que ha trabajado como asesor han subido a primera división. ¡Nos va a costar una fortuna!

—Hombre, ¡menos mal que todavía te queda algo de director financiero!

Matthieu se colocó justo detrás de Marie-Odile para examinar más de cerca el currículum del recién llegado, y señaló con el dedo sus aficiones.

—¡Gastronomía y vela! Pues si resulta que le gusta tanto la carne como el pescado, creo que no voy a poder ofrecer demasiada resistencia a esa carita de ángel...

En ese momento, Zoé entró en el despacho.

—Y vosotros dos, ¿qué estáis tramando? —preguntó al ver a Matthieu contemplando entusiasmado la foto de Malow.

—¡Vaya horas! —le reprochó cariñosamente Marie-Odile.

La joven becaria en Derecho les mostró su visado.

—¡Me lo han prorrogado ocho meses más, y todo gracias a ti, Mao! El dossier estaba perfecto, me han dado el visado en un abrir y cerrar de ojos. Eso sí, he tenido que esperar un par de horas para que me pusieran el sello.

Mientras los tres comentaban la llegada de Malow, éste descubría las oficinas y también los problemas de sintonía entre Bertrand y su equipo. En cuanto el director entraba en una sala, las sonrisas desaparecían, las miradas se clavaban en el suelo y el ambiente se tensaba. Era evidente que el director había perdido la confianza de sus empleados. La reunión de equipo que celebraban por la mañana acabó de empeorarlo todo. Bertrand había bebido, y terminó insultando al equipo antes de derrumbarse en su sillón, totalmente borracho. Malow tuvo que hacer frente él solo a las miradas desesperadas de los trabajadores.

—He venido para dar apoyo a vuestro director... —empezó a improvisar—. Ya sabéis que K-Invest acaba de comprar la compañía, y tiene grandes planes para todos vosotros.

En efecto, Malow llevaba tres años encadenando trabajos para distintos fondos de inversión, y K-Invest, el último en encargarle un proyecto, quería reorientar la estrategia de XSoftware, la pequeña empresa de desarrollo de software que acababan de adquirir.

—¡No maree usted la perdiz! —lo interrumpió uno de los empleados—. Hace meses que esto va de mal en peor. ¿Ha visto en qué estado se encuentra? —añadió, señalando a Bertrand.



El asesor intentó reconducir la situación.

—Mi trabajo aquí consistirá precisamente en ayudar a vuestro director a retomar el camino correcto.

Estaba claro que Malow era un analista financiero de primer orden, pero también que las relaciones sociales no eran su fuerte. No eran pocas las complicaciones y adversidades que había tenido que superar a lo largo de su vida, y eso lo había llevado a centrarse sobre todo en desarrollar aspectos como el razonamiento, la racionalidad y la estrategia.

—Venga, todo el mundo a trabajar —concluyó en un tono un tanto brusco.

Y a continuación hizo ademán de dirigirse hacia la salida, tirando de Bertrand.

—Está claro: dejamos París para embarcarnos en una aventura estimulante y motivadora, y llevamos meses en el dique seco —soltó un ingeniero.

—¿*Dique seco*? Querrás decir «empapados como esponjas de todo el alcohol que respiramos» —añadió, entre dientes, otro colega—. Marie-Odile y Matthieu hacen todo lo que pueden, pero no trabajamos siguiendo una planificación, no nos dan directrices. En cambio, vamos sobrados de insultos, estrés, presión y amenazas. En estas condiciones, ¿cómo se supone que vamos a seguir investigando?

—Mi trabajo consiste precisamente en identificar todas esas cuestiones —insistió Malow, tratando de salir del paso.

—No nos hace falta un auditor para que analice esos problemas. ¡La auditoría podría hacerla hasta yo! Lo que necesitamos es un nuevo director —dijo el responsable de Investigación.

Acto seguido, se levantó y el resto de los empleados lo siguieron hasta la salida.

Desde aquel desastre de reunión, la situación no había mejorado. Para su disgusto, Malow no tardó en comprender que su misión, inicialmente prevista para apenas unas semanas, amenazaba con eternizarse. En efecto, a lo largo de los meses siguientes pudo comprobar que en la empresa reinaba un ambiente tóxico. El aliento a alcohol que Bertrand despedía ya desde primera hora de la mañana lo decía todo de su gestión errática, que parecía variar en función de la cantidad de whisky que hubiera ingerido. Malow solía encontrárselo derrumbado en su sofá de cuero, agarrado a una botella vacía y roncando a la luz de los rayos de sol que atravesaban el ventanal. El director parecía mucho más preocupado por la calidad de su whisky que por los informes y las propuestas de mediación de su joven asesor.

La situación se hacía cada vez más insostenible para Malow. Sobre todo, porque Asia nunca le había parecido un destino especialmente atractivo. El contraste con Nueva York era brutal. Echaba de menos su cómodo loft de Manhattan, y los dolores de cabeza lacerantes que lo agobiaban últimamente no hacían más que acentuar su malestar. Se moría de ganas de volver a casa, donde sin duda lo esperaban proyectos mucho más emocionantes.

A tenor de todo esto, y tras examinar la situación por enésima vez, decidió llamar a K-Invest y exponer, con toda franqueza, la verdadera naturaleza del problema. Había llegado el momento de enviar a Bertrand a un centro de

desintoxicación y de contratar a un auténtico director ejecutivo que supiera motivar a aquellos jóvenes ingenieros y despertar su creatividad.

En realidad, no quedaba otra. Una simple llamada a los inversores bastaría para regresar a la vida real, la que lo estimulaba de verdad, en la que había encontrado la fuerza y la inspiración para llegar a lo más alto y convertirse en un respetado hombre de negocios.

Sin embargo, justo cuando se disponía a realizar la llamada que lo liberaría, se dio cuenta de que su móvil vibraba en el bolsillo de la americana. Una llamada perdida de Marc, el que años atrás había sido su pediatra. Fue toda una sorpresa encontrárselo en Bangkok durante el típico reconocimiento médico de expatriado al que tuvo que someterse. De niño, solía acabar sus deberes en casa de Marc cuando estaba solo, es decir, casi todos los días desde que su madre falleció.

El mensaje que le había dejado en el contestador le heló la sangre: «Hace ya mucho que nos conocemos, así que iré directo al grano: el TAC muestra un problema serio en el cerebro. Pásate lo antes posible por el hospital. Estaré aquí toda la mañana».

Al momento entendió que sus dolores de cabeza no eran casuales. Pero no fue hasta al cabo de dos horas, ya en el hospital, cuando Malow fue realmente consciente de lo que le esperaba.

Antes de pasar a la consulta del doctor Marc Dormeuil, oyó por casualidad una conversación en la sala donde se reunían los médicos.

—Pareces preocupado, Marc, ¿estás bien?

—Estoy hecho polvo...

A pesar del ruido que hacía la máquina del café, Malow reconoció de inmediato la voz de su médico.

—¿Es por el expediente de Sandler? —le preguntó un colega.

Malow tuvo claro que estaban hablando de él.

—Sí, le he enviado un mensaje hace un rato, pero no sé cómo decírselo.

—Acabamos de comentarlo todos en la reunión. No hay nada que hacer. Es una degeneración cerebral muy rara.

—Lo sé, y eso es lo que me desquicia. ¡Convertirse en un vegetal a su edad...!

—¿Quieres que se lo diga yo?

—No, esto es cosa mía. Pero nunca me acostumbraré a este tipo de situaciones. Son las que hacen que a veces acabe odiando este trabajo.

Un silencio de plomo inundó la estancia. Apoyado en la pared, Malow dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

Tras deambular por las calles, abrumado por el golpe, se encerró en su despacho el resto del día. Conforme pasaba la tarde, vio desfilar toda su vida ante sus ojos nublados por el dolor: el accidente en el que falleció su madre, la cobardía de su padre, que se entregó al alcohol y al trabajo, antes de abandonarlo con sus abuelos, el *Capitán* y Maddou, a los que echaba en falta más de lo que se atrevería a confesar, y finalmente Justine. ¿Qué habría sido de ella? Estuvo tentado de llamarla. Pero ¿para qué?

Como un autómatas, se dirigió hacia el despacho de Bertrand en busca de whisky. Sentado en el sillón de piel del director, se lo fue bebiendo a tragos que le desgarraban

la garganta. Pero el alcohol no llegaba a calmar la intensidad de sus emociones.

Ya un poco borracho, rebuscó sin pensar en los cajones del despacho del director. Y así fue cómo encontró el revólver.

Respiró hondo, se apoyó el cañón de la pistola en la sien, cerró los ojos y empezó a contar mentalmente.

1, 2...